

ANTONIO ROYO MARIN, O. P.

TU SALVACION

Agradecemos al autor de esta obra y a la BAC, nos hayan autorizado gratuitamente a editar este librito que ha sido sacado de la obra «TEOLOGIA DE LA SALVACION» de la BAC N.º 147, cuya obra completa recomendamos por su importancia trascendental.

En gracia a su sencillez hemos suprimido las notas que podrá hallar el lector en la obra original.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-110-5

Depósito legal: M. 22.398-2000

Printed in Spain

Impreso en España por:

Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles

GETAFE (Madrid)

IMPORTANCIA Y NECESIDAD DE LA SALVACION

Ante todo vamos a examinar la soberana transcendencia de la salvación eterna, para convencernos de la necesidad de conseguirla a toda costa y al precio que sea.

1. **Un hecho indiscutible.**—Ante los ojos de cualquier observador imparcial, en el mundo puede apreciarse con toda claridad un hecho indiscutible: el alejamiento cada vez más acentuado de la mayor parte de la gente de todo cuanto signifique creencia en Dios y prácticas religiosas. Ya no se trata únicamente de la masa obrera que se hacina en los suburbios de las grandes ciudades y cuya apostasía constituyó el gran escándalo del siglo XIX; es el público selecto y distinguido el que se va alejando cada vez más de Dios, y hasta la población rural y campesina que sufre cada vez más de cerca la influencia nefasta del materialismo reinante a través principalmente del cine, de la prensa, de la radio y de la televisión. Aun en las naciones de mayor solera y raigambre religiosa, el porcentaje de los que practican los deberes más elementales de la vida cristiana —misa dominical, recepción anual de

sacramentos, etc.— es verdaderamente lamentable. Es menester cerrar completamente los ojos al ambiente que nos rodea, o vivir en absoluto de espaldas a la realidad, para no darse cuenta de este hecho tan cierto como aterrador.

2. **Necesidad de reflexionar.**—La mayoría de los hombres viven enteramente olvidados de Dios porque no se han planteado nunca en serio el problema formidable de la salvación eterna. Cualquier espíritu reflexivo que se detenga un instante a ponderar su trascendencia soberana, no puede menos de sentir una impresión profunda, que puede ser decisivamente orientadora en la marcha general de su vida. Escuchemos al sentido común hablando en castellano por boca de nuestro inmortal Balmes:

«La vida es breve; la muerte, cierta: de aquí a pocos años, el hombre que disfrute de la salud más robusta y lozana, habrá descendido al sepulcro, y sabrá por experiencia lo que hay de verdad en lo que dice la religión sobre los destinos de la otra vida. Si no creo, mi incredulidad, mis dudas, mis invectivas, mis sátiras, mi indiferencia, mi orgullo insensato no destruyen la realidad de los hechos: si existe otro mundo donde se reservan premios al bueno y castigos al malo, no dejará ciertamente de existir porque a mí me plazca el negarlo; y, además, esta caprichosa negativa no mejorará el destino que según las leyes eternas me haya de caber. Cuando suene la última hora será preciso morir y encontrarme con la nada o con la eternidad. Este negocio es exclusivamente mío; tan mío como si yo existiera solo en el mundo; nadie morirá por mí, nadie se pondrá en mi lugar en la otra vida, privándome del bien o librándome del

mal. Estas consideraciones me muestran con toda evidencia la alta importancia de la religión; la necesidad que tengo de saber lo que hay de verdad en ella; y que, si digo: "Sea lo que fuere de la religión, no quiero pensar en ella", hablo como el más insensato de los hombres.

Un viajero encuentra en su camino un río caudaloso; le es preciso atravesarlo, ignora si hay algún peligro en este o aquel vado, y está oyendo que muchos que se hallan como él a la orilla ponderan la profundidad del agua en determinados lugares y la imposibilidad de salvarse el temerario que a tantearlos se atreviese. El insensato dice: "¡Qué me importan a mí esas cuestiones!", y se arroja al río sin mirar por dónde. He aquí el indiferente en materias de religión.»

Son legión, por desgracia, los que proceden en materia tan grave en la forma irreflexiva y absurda que Balmes acaba de denunciar. La mayoría de la gente no piensa ni reflexiona en el magno problema de la salvación. El resultado es una vida del todo mundana y pecaminosa, que pone en grave riesgo los destinos supremos de su alma. Muy otra sería su conducta si ponderaran un poco la trascendencia sin igual de la sentencia de Nuestro Señor Jesucristo que a tantos ha detenido en su loca carrera hacia el abismo: *¿Qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero si al cabo pierde su alma?* (Mt. 16,26). Esas palabras, pronunciadas de manera entrañable por San Ignacio de Loyola, tuvieron la virtud de convertir a un alegre estudiante de París en uno de los mayores santos de la Iglesia: San Francisco Javier. Y otro tanto podría suceder —y ha su-

cedido en innumerables ocasiones— con cualquiera que se detenga a reflexionar un poquito acallando el griterío y el clamor de sus propias pasiones.

3. **Trascendencia del problema.**—He aquí cómo expone San Alfonso María de Liguorio la importancia de la salvación del alma en su celebrada obra *Preparación para la muerte*:

«El negocio de la eterna salvación es, sin duda, entre todos el que más nos importa, y, sin embargo, entre los cristianos es el más descuidado. No hay diligencia que no se haga ni tiempo que no se aproveche para obtener un empleo, para ganar un pleito o para concertar un matrimonio. ¡Cuántos consejos se piden! ¡Qué de medidas se toman! No se come, apenas se duerme; y para alcanzar la salvación eterna ¿qué se hace? ¿Cómo se vive? No se hace nada, antes por el contrario, se hace todo para ponerla en peligro. Y la mayor parte de los cristianos viven como si la muerte, el juicio, el infierno, el paraíso y la eternidad no fueran verdades de fe, sino fábulas inventadas por los poetas. Si se pierde un proceso o se destruye una cosecha, ¡qué de angustias no se sienten y cuántos trabajos no se emplean para reparar el daño! Si se pierde un caballo, si se extravía un perro, ¡qué de diligencias no se hacen para dar con él! Se pierde la gracia de Dios, y se duerme, y se goza, y se ríe.

¡Cosa asombrosa! Todos se avergüenzan de pasar por negligentes en los negocios del mundo, y nadie se corre de ser descuidado en el negocio que más importa: en el de la salvación. Estos mismos llaman sabios a los santos porque solamente se han preocupado de su salvación, y después ellos, ellos, engolfados en los negocios humanos, no atienden al

de su alma. Mas vosotros —dice San Pablo—, vosotros, hermanos míos, atended solamente al gran negocio que traéis entre manos, al de vuestra salvación eterna, que entre todos es el que más importa. *Os rogamus, hermanos, que os cuidéis de vuestro negocio* (I Thess. 4,11).

Estemos bien persuadidos que la salvación eterna es para nosotros el negocio más *importante*, el negocio *único*, el negocio *irreparable* si en él fallamos.

Es, sin duda, el negocio más *importante*, porque es el que trae mayores consecuencias, pues se trata del alma, y, perdiéndose ésta, todo queda perdido. Debemos tener en más estima a nuestra alma que a todos los bienes de la tierra. «Porque el alma —dice San Juan Crisóstomo— es más preciosa que todo el mundo». Para llegar a comprender esto bastanos saber que el mismo Dios ha entregado a su propio Hijo a la muerte para salvar nuestra alma. *Así amó Dios al mundo, que dio su unigénito Hijo*. Y el Verbo eterno no vaciló en comprarla con su misma sangre. *A gran precio habéis sido comprados* —dice San Pablo—. A la verdad, ¿no parece que el hombre vale tanto como Dios? «Sí —responde San Agustín—; tan grande don se ha dado por la redención del humano linaje, que parece que el hombre vale tanto como Dios». Por eso dijo Jesucristo: *¿Qué es lo que podrá dar el hombre en cambio de su alma?* Si, pues, el alma vale tanto, si la pierde, ¿con qué bien del mundo podrá el hombre compensar tan grande pérdida?

Locos, y con razón, llamaba San Felipe Neri a los que no se cuidan de salvar su alma. Si hubiese en la tierra dos suertes de hombres: mortales unos y otros inmortales, y los primeros viesan a los segundos afa-

nados por allegar bienes de la tierra, alcanzar honores, amontonar riquezas y gozar de los placeres de la tierra, seguramente les dirían: Sois unos insensatos; podéis conquistar bienes eternos, y ¿vais en pos de estas cosas viles y pasajeras? Y ¿por ellas os condenaréis vosotros mismos a tormentos eternos en la otra vida? Dejad, dejad estos bienes del mundo para gentes desventuradas, como nosotros, que nada tenemos que esperar más allá de la tumba. Pero no, que todos somos inmortales. ¿Cómo habrá, sin embargo, tantos hombres que por los miserables placeres de esta vida pierdan su alma? ¿Cómo puede haber cristianos que creen en el juicio, en el infierno, en la eternidad, y luego viven sin temor? «¿Cuál es la causa —pregunta Salviano— que, creyendo el cristiano en las cosas futuras, no las tema?»

4. **Descuido peligroso.**—Es increíble la locura de los hombres al descuidar de manera tan peligrosa la salvación eterna de su alma. Sumergidos por completo en las cosas de la tierra, afanados en amontonar riquezas o en gozar de toda clase de placeres, son legión los hombres que jamás levantan sus miradas al cielo ni se preocupan de plantearse un momento el problema del más allá. Otros espíritus más cultos y selectos se entregan con ardor a la adquisición de la ciencia con el afán de adquirir renombre y fama mundial al prestar grandes servicios a la humanidad a través de los progresos y adelantos modernos; pero, a la vez, que se entregan a tan noble tarea, descuidan adelantar en la ciencia de las ciencias —el modo de salvar su alma—, si es que no la tienen completamente abandonada.

En gran peligro se encuentran todos éstos de ma-

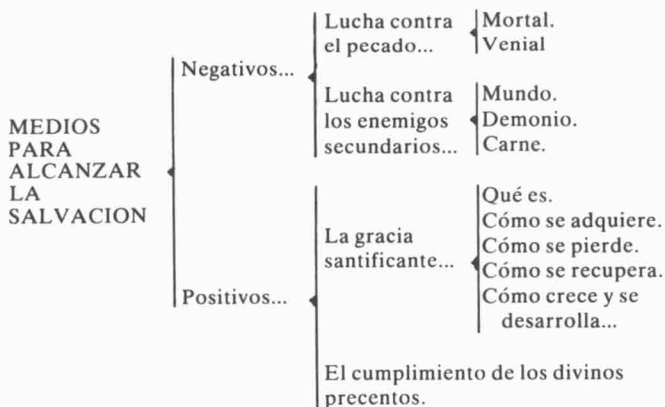
lograr eternamente la razón de ser de su existencia. Sólo a la luz ultraterrena que proyecta sobre nuestras almas la virtud de la fe, se advierte con meridiana claridad que el hombre —como dice hermosamente San Ignacio— ha sido creado «para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado».

No es ésta, en efecto, la finalidad *principal* de la vida del hombre sobre la tierra, sino la finalidad *única* y su exclusiva razón de ser. La vida de acá abajo, tan fugaz y pasajera, no es más que un ensayo y mera preparación para la de allá arriba, que ha de durar eternamente. La vida de acá no tiene otro sentido ni valor que el de proporcionar al hombre el modo de labrarse en poco tiempo su dicha y felicidad eterna. Es, sencillamente, un *noviciado para el cielo*. ¡Lástima grande que la mayoría de los hombres no hayan reparado en ello y vivan como si estas tremendas verdades carecieran en absoluto de interés o fueran meras invenciones de una imaginación calenturienta!

Para ayudarles en la magna empresa de la salvación del alma, vamos a exponer en las páginas siguientes, los medios principales —negativos y positivos— para alcanzarla con plena y absoluta seguridad.

MEDIOS DE ALCANZAR LA SALVACION

Los medios de salvación pueden reducirse a dos grupos: uno *negativo*, que consiste en rechazar el pecado y en remover los obstáculos que acumulan a nuestro paso los enemigos de nuestra alma; y otro *positivo*, que consiste en la posesión de la gracia santificante y en el cumplimiento de los divinos mandamientos, que son el precio y la condición indispensable para entrar en la vida eterna. He aquí en forma de esquema el camino que vamos a recorrer.



Como el panorama es inmenso y una exposición detallada del mismo requeriría un espacio del que no disponemos aquí, vamos a limitarnos a unas someras indicaciones, remitiendo al lector a otro lugar donde hemos expuesto ampliamente estas mismas ideas. Cf. Royo Marín. *Teología de la perfección cristiana* (BAC, 5.^a ed. Madrid, 1968).

MEDIOS NEGATIVOS

El aspecto negativo de los medios a emplear para conseguir la salvación eterna de nuestra alma se reduce a la lucha contra el pecado —que es *el enemigo número uno* y, en cierto sentido, el *único* que tenemos enfrente— y contra los enemigos secundarios, mundo, demonio y carne, que no cesan de acumular obstáculos en nuestro camino como amigos y aliados del pecado.

LA LUCHA CONTRA EL PECADO

El pecado es el enemigo número uno de nuestra salvación y, en realidad, el enemigo *único*. Si el mundo, el demonio y la carne son tan peligrosos y temibles, es únicamente porque vienen del pecado y conducen a él.

Nunca nos pondremos suficientemente en guardia contra este mortal enemigo de nuestra alma. Examinemos un poco, por separado, las dos modalidades que presenta: el pecado mortal y el venial.

A) El pecado mortal

1. **Noción.**—El pecado mortal es *una transgresión voluntaria de la ley de Dios en materia grave*. Es el pecado cien por ciento, el único que realiza en toda su plenitud la noción misma de pecado.

Dios tiene su ley. En su infinita sabiduría ha sabido resumirla en sólo diez preceptos: los mandamientos del decálogo. La Iglesia, con divina autoridad, ha añadido algunos otros, que no tienen otro fin sino el de hacernos cumplir con mayor facilidad y perfección los divinos preceptos.

Pues bien, cuando el hombre, *dándose perfecta cuenta* de que lo que va a hacer está gravemente prohibido por la ley de Dios o de la Iglesia, *quiere hacerlo* a pesar de todo, comete un pecado mortal que le pone completamente de espaldas a Dios y le vincula a las cosas creadas, en las que coloca su último fin renunciando a la salvación eterna.

Por lo que acabamos de decir, aparecen claros los principales elementos del pecado mortal. Psicológicamente son dos: *advertencia perfecta* por parte del entendimiento, y *consentimiento* perfecto, o plena aceptación por parte de la voluntad, de la cosa gravemente prohibida por Dios. Sus efectos inmediatos son igualmente dos: *aversión a Dios*, del que se separa voluntariamente al despreciar sus mandamientos, y es lo que constituye lo formal, o el alma del pecado; y *conversión a las cosas creadas* mediante su goce ilícito, que constituye lo material o el cuerpo del pecado.

2. **Malicia del pecado mortal.**—Ninguna inteligencia creada o creable podrá jamás darse

cuenta perfecta del espantoso desorden que encierra el pecado mortal. Rechazar a Dios *a sabiendas* y escoger en su lugar a una vilísima criatura en la que se coloca la suprema felicidad y último fin (puesto que el pecador sabe muy bien que esa criatura es incompatible con el último fin sobrenatural, del que le aparta radicalmente), envuelve un desorden tan monstruoso e incomprensible, que sólo la locura y atolondramiento del pecador puede de alguna manera explicarlo. El ejemplo de la pobre pastorcita de la que el rey se prendó y la desposó consigo, haciéndola reina, y que de pronto abandona el palacio real y se marcha en plan de adulterio con un miserable seductor, no ofrece sino un pálido reflejo de la increíble monstruosidad del pecado. El mismo Dios, infinitamente bueno y misericordioso, que tiene entrañas de padre para todas sus criaturas y que nos ha dicho en la Sagrada Escritura que *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 33,11), sabemos que por un solo pecador mortal

a) Convirtió a millones de ángeles en horribles demonios para toda la eternidad.

b) Arrojó a nuestros primeros padres del paraíso terrenal, condenándoles a ellos y a todos sus descendientes al dolor y a la muerte corporal y a la posibilidad de condenarse eternamente aun después de la redención realizada por Cristo.

c) Exigió la muerte en la cruz de su Hijo muy amado, en el cual tiene puestas todas sus complacencias (Mt. 17,5), para redimir al hombre culpable.

d) Mantendrá por toda la eternidad los terribles tormentos del infierno en castigo del pecador obstinado.

Todo esto son datos de fe: es hereje quien los niegue. Y téngase en cuenta que Dios es *infinitamente justo*, y, por serlo, a nadie castiga más de lo que merece (sería una injusticia); y es *infinitamente misericordioso*, y, por serlo, castiga siempre al culpable *menos* de lo que merece. ¿Qué otra cosa podrá darnos una idea de la espantosa gravedad del pecado mortal cometido de una manera perfectamente voluntaria y a sabiendas?

3. **Efectos del pecado mortal.**—No hay catástrofe ni calamidad pública o privada que pueda compararse con la ruina que ocasiona en el alma un solo pecado mortal. Es la única desgracia que merece propiamente el nombre de tal, y es de tal magnitud, que no debería cometerse jamás, aunque con él se pudiera evitar una terrible guerra internacional que amenazase destruir a la humanidad entera. Sabido es que, según la doctrina católica —que no puede ser más lógica y razonable para cualquiera que, teniendo fe, tenga además sentido común—, el bien *sobrenatural* de un solo individuo está por encima y vale infinitamente más que el bien natural de la creación universal entera, ya que pertenece a un orden *infinitamente superior*: el de la gracia y la gloria. Así como sería una locura que un hombre se entregase a la muerte para salvar la vida a todas las hormigas del mundo —vale más un solo hombre que todas ellas juntas—, del mismo modo sería gran locura y ceguera que un hombre sacrificase su bien

eterno, sobrenatural, por salvar el bien temporal y meramente humano de la humanidad entera: no hay proporción alguna *entre uno y otro*. El hombre tiene obligación de conservar su vida sobrenatural a toda costa, aunque se hunda el mundo entero.

He aquí los principales efectos que causa en el alma un solo pecado mortal voluntariamente cometido:

1) Pérdida de la gracia santificante, de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo, que constituyen un tesoro verdaderamente *divino*, infinitamente superior a todas las riquezas materiales de la Creación entera.

2) Pérdida de la presencia amorosa de la Santísima Trinidad en el alma, que se convierte en morada y templo de Satanás.

3) Pérdida de todos los méritos adquiridos en toda su vida pasada, por larga y santa que fuera.

4) Feísima mancha en el alma (*macula animae*), que la deja tenebrosa y horrible a los ojos de Dios.

5) Esclavitud de Satanás, aumento de las malas inclinaciones, remordimiento e inquietud de conciencia.

6) Reato de pena eterna. Si la muerte sorprende al pecador en ese estado, se condena para siempre. El pecado mortal es el infierno en potencia.

Como se ve, el pecado mortal es como un derrumbamiento instantáneo de nuestra vida sobrenatural, un verdadero suicidio del alma a la vida de la gracia. ¡Y pensar que tantos y tantos peca-

dores lo cometen con increíble facilidad y ligereza, no para evitarle al mundo una catástrofe —lo que sería ya gran locura—, sino por un instante de placer bestial, por unas miserables pesetas que tendrán que dejar en este mundo, por un odio y rencor al que no quieren renunciar y otras mil bagatelas y niñerías por el estilo! Realmente tenía razón San Alfonso de Ligorio cuando decía que el mundo le parecía un inmenso manicomio en el que los pobres pecadores habían perdido por completo el juicio. Y, con razón también, la piadosísima reina Blanca de Castilla le decía a su hijo San Luis: «Hijo mío, preferiría verte muerto antes de verte cometer un solo pecado mortal.» Es impresionante la descripción que hace Santa Teresa del estado en que queda un alma que acaba de cometer un pecado mortal (a ella se lo hizo ver el Señor de una manera milagrosa); dice que, si los pecadores lo supiesen, «no sería posible a ninguno pecar, aunque se pusiese a mayores trabajos que se pueden pensar por huir de las ocasiones» (Moradas primeras, c.2).

4. **Medios de evitarlo.**—El que quiera asegurar la salvación eterna de su alma, nada tiene que procurar con tanto empeño como evitar a toda costa la catástrofe del pecado mortal. Sería gran temeridad e increíble ligereza seguir pecando tranquilamente confiando en realizar más tarde la conversión y vuelta definitiva a Dios. En gran peligro se pondría ese pecador de frustrar esa esperanza tan vana e inmoral. La muerte puede sorprenderle en el momento menos pensado, y se expone, además, a que la justicia de Dios deter-

mine substraerle, en castigo de tan manifiesto abuso, la gracia eficaz del arrepentimiento, sin la cual será absolutamente imposible salir de su horrible situación. Si se diera cuenta el pecador del espantoso peligro a que se expone, no podría conciliar el sueño una sola noche, a menos de haber perdido por completo el juicio.

He aquí, indicados nada más, algunos de los medios más eficaces para salir del pecado mortal y no volver jamás a él:

1) CONFESIÓN Y COMUNIÓN FRECUENTE, con toda la frecuencia que sea menester para conservar y aumentar las fuerzas del alma contra los asaltos de la tentación. Por la salud del cuerpo tomaríamos con gusto todos los remedios y medicinas que el médico nos mandara. La salud del alma vale infinitamente más.

2) REFLEXIONAR con frecuencia sobre los grandes intereses de nuestra alma y la transcendencia soberana de nuestra eterna salvación. La meditación diaria y profunda sobre las verdades eternas es un remedio infalible para no caer en el pecado. Lo dice el Espíritu Santo: *«Piensa en las postrimerías y no pecarás jamás»* (Ecli. 7,40).

Ved como está el mundo: Leed la prensa, escuchad la radio y no oiréis más que crímenes nefandos en un mundo carnal y vicioso donde sólo se valora la comodidad y el placer y se vive en un total olvido de Dios. ¿Sabéis cuál es la causa de tanto mal? Nos lo dirá el profeta Jeremías: *«Toda la tierra está terriblemente desolada porque no hay quien reflexione en su corazón»* (Jr. 12,11).

Ved cómo lo describe San Pablo: *«Y como no pro-*

curaron conocera Dios, Dios los entregó a sus réprobos sentidos, que los lleva a cometer torpezas y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad; llenos de envidia, dados al homicidio, a contiendas, a engaños, a malignidad, chismosos, calumniadores, abominadores de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados, etc. (Rm. 1, 24-32). Y ¿cuál es la causa de tantos males sino el tener olvidado a Dios? Si pensáramos en Dios y nos entretuviéramos todos los días un ratito en pensar en nuestro destino eterno, nuestra vida sería otra cosa. ¿Queréis saber cómo dibuja Dios al alma que se entrega a la meditación?: «Será como un árbol plantado a la orilla del arroyo, que da los frutos a su tiempo, cuyas hojas nunca se marchitan y triunfa siempre en todas sus empresas» (Sal. 1, 3).

Y ¿cómo hacer la meditación? Los religiosos y personas consagradas que viven en comunidad, tienen ciertos métodos que enseñan los libros de ascética y tienen sus horas para hacerla todos juntos en comunidad. Pero a las personas del mundo que apenas tienen instrucción religiosa, ni casi tiempo y lugar apropiado, convendría recomendarles, al menos para empezar, la lectura pausada y meditada de buenos libros espirituales. Una lectura tranquila que termine en unos minutos de oración es el mejor principio para acostumbrarse a la meditación.

Quiero insistir en esto porque es fundamental: la oración mental es, sin duda, la puerta de la santidad; pero ésta no se le podrá exigir a cualquiera desde el primer día de su conversión. Al principio es más fá-

cil acostumbrarse a una lectura espiritual meditada que inspire y lleve a la oración.

3) ORACIÓN DE SÚPLICA. Este es, según San Ligorio, el principal de todos los medios y remedios. La oración mental de la que hablan los libros de ascética, incluye en un mismo ejercicio, la oración y la meditación; pero no tiene por qué ser así: para los principiantes resulta más sencillo si se hace por separado. De meditación puede servir una lectura pausada, y la oración es la conversación íntima del alma con Dios.

Lo normal es que la lectura lleve a la meditación, y la meditación lleve a la oración.

La necesidad y la importancia de la oración la explica maravillosamente San Ligorio en su librito *«Del Gran Medio de la Oración»*, y se reduce a lo siguiente: Es verdad de fe que sin el auxilio de la gracia de Dios no podemos vencer las tentaciones y guardar los Mandamientos, y es también verdad de fe que Dios solamente se ha comprometido a socorrer con su gracia a aquel que se lo pida. Por lo cual, concluye el santo doctor: «Pues si tenemos que, por una parte, nada podemos sin el socorro de Dios y por otra parte ese socorro no lo da ordinariamente el Señor sino al que ora, ¿quién no ve que de aquí fluye naturalmente la consecuencia de que la oración es absolutamente necesaria para la salvación?» (S. Ligorio, *Gran Medio de la Oración* c.1).

4) HUIDA DE LAS OCASIONES. El pecador está perdido sin esto. No hay propósito tan firme ni voluntad tan inquebrantable que no sucumba con facilidad ante una ocasión seductora. Es preciso renunciar sin contemplaciones a los espectáculos

inmortales (se comete, además, pecado de escándalo y cooperación al mal, contribuyendo con nuestro dinero a mantenerlos), amistades frívolas y mundanas, conversaciones torpes, revistas o fotografías obscenas, etc. Imposible mantenerse en pie si no se renuncia a todo eso. La felicidad inenarrable que nos espera eternamente en el cielo bien vale la pena de renunciar a esas cosas que tanto nos seducen ahora, sobre todo teniendo en cuenta que por un goce momentáneo nos llevarían a la eterna ruina.

5) DEVOCIÓN ENTRAÑABLE A MARÍA, nuestra dulcísima Madre y abogada y refugio de pecadores. Lo ideal sería rezarle todos los días el santo rosario, que es la primera y más excelente de las devociones marianas —como ha proclamado repetidas veces la Iglesia y ha confirmado la misma Virgen en Lourdes y Fátima— y grandísima señal de predestinación para el que lo rece devotamente todos los días; pero, al menos, no olvidemos nunca las tres avemarias al levantarnos y acostarnos y al experimentar la tentación, para que nos alcance la victoria.

B) El pecado venial

1. **Noción.**—El pecado venial es una *transgresión voluntaria de la ley de Dios en materia leve*. Difiere *substancialmente* del pecado mortal en cuanto que le falta el elemento que constituye la quinta esencia y malicia del pecado mortal, que es, como ya hemos dicho, la voluntaria *aversión a Dios*, poniéndose de espaldas a El y abandonándole como último fin. El pecador que comete un pecado venial sabe

muy bien que aquello desagrada a Dios, y por eso su acción es pecado; pero, al mismo tiempo, sabe también que aquello no le separa de Dios, puesto que es compatible con su amistad y gracia, y de ninguna manera lo cometería si supiera que le separaba de

El. Las disposiciones del que comete un pecado venial son, pues, substancialmente distintas de las del pecador que se entrega al pecado mortal saltando por encima de su amistad y relación sobrenatural con Dios.

Un ejemplo aclarará estos conceptos. El que comete un pecado mortal es como el viajero que, pretendiendo llegar a un punto determinado, se pone de pronto completamente de espaldas a él y comienza a caminar en sentido contrario. El que comete un pecado venial, en cambio, se limita a hacer un rodeo o desviación del recto camino, pero sin perder la orientación fundamental hacia el punto adonde se encamina.

2. Malicia del pecado venial.—Es cierto que hay un abismo entre el pecado mortal y el venial. La Iglesia ha condenado expresamente la siguiente proposición de Bayo: «Ningún pecado es venial por su naturaleza, sino que todo pecado merece castigo eterno» (Denz. 1020). Con todo, teniendo en cuenta que aun el venial constituye una *verdadera ofensa a Dios* y una incalificable osadía al preferir nuestro capricho a la voluntad misma de Dios, contraria a él, es forzoso concluir que no deberíamos cometerlo jamás, aunque con él pudiéramos obtener para la humanidad entera la exención perpetua de todos sus males. Es preciso haber perdido la fe o el

sentido común para no darse cuenta de esta verdad.

Por si algo faltara, el pecado venial conduce poco a poco al mortal, del que es próximo pariente y amigo. Se ha dicho, con razón, que «pronto hará lo que no es lícito el que se permite hacer todo lo lícito», aludiendo con ello a la necesidad de mortificarse en cosas lícitas para mantenernos lejos del pecado. ¡Con cuánta mayor razón habrá que decir que muy pronto caerá en pecado grave quien se permite sin escrúpulo todos los leves! Sería menester para evitarlo un auxilio *especialísimo* de Dios, del que se hace completamente indigno ese tan desconsiderado pecador.

3. **Efectos del pecado venial.**—Podemos considerarlos con relación a esta vida y a la otra.

a) CON RELACIÓN A ESTA VIDA:

1.º Nos priva de muchas gracias actuales que el Espíritu Santo tenía vinculadas a nuestra perfecta fidelidad. Inmenso tesoro perdido.

2.º Disminuye el fervor de la caridad. Nuestra vida cristiana transcurre en la vulgaridad más insubstancial y mediocre.

3.º Aumenta las dificultades para la práctica de la virtud, que cada vez se nos presenta más difícil y cuesta arriba.

4.º Predispone al pecado mortal, que vendrá, sin duda, muy pronto si no reaccionamos enérgicamente.

b) EN LA OTRA VIDA:

1.º Tendremos un largo y espantoso purgatorio, que hubiéramos podido evitar o disminuir considerablemente con un poco más de delicadeza para con

Dios y verdadero amor a nosotros mismos.

2.º Tendremos en el cielo un grado de gloria muy inferior al que hubiéramos podido lograr con un poco más de cuidado y fidelidad a la gracia. Pérdida inmensa e irreparable, que ya no tendrá remedio por toda la eternidad.

3.º Por lo mismo, glorificaremos menos a Dios en el cielo, ya que los más perfectos le glorifican más. Allá arriba sentiremos mucho más esta pérdida que la indicada en la razón anterior.

Como se ve, las consecuencias del pecado venial son inmensas. Véase en qué han venido a parar aquellos culpables descuidos a los que no les concedíamos importancia alguna, calificándolos de «escrúpulos» y de «peccata minuta». Un tesoro inmenso perdido sin remedio para toda la eternidad y, sobre todo, una menor glorificación de Dios por parte nuestra. Sólo en la eternidad —cuando ya sea demasiado tarde— nos daremos cuenta de lo que esto supone para siempre.

4. **Medios de evitarlo.**—Ante todo es preciso que adquiramos la firme convicción de la necesidad de evitar a toda costa el pecado venial. Es cierto que no lo conseguiremos nunca del todo —sería preciso para ello un privilegio especialísimo, que sólo consta haberlo recibido la Santísima Virgen María, como enseña la Iglesia (Denz. 833)—, pero hemos de esforzarnos en luchar sin descanso contra él. Con la gracia de Dios se pueden evitar cada uno de los pecados veniales considerados en particular, al menos los *plenamente advertidos* y voluntarios. En cuanto a los de *mera fragilidad*, será imposible evitarlos todos, pero hemos de esforzarnos en disminuir cada

vez más su número con ayuda de la gracia y una constante atención y vigilancia por parte nuestra. Si pusiéramos en esta empresa la mitad del cuidado y diligencia que ponen los mundanos en sus negocios temporales —tan deleznales y perecederos—, bien pronto lograríamos una exquisita pureza de conciencia, semejante a la que alcanzaron los santos.

LA LUCHA CONTRA LOS ENEMIGOS SECUNDARIOS

Los enemigos secundarios de nuestra alma son tres: el mundo, el demonio y nuestra propia carne con sus tendencias desordenadas. Vamos a decir unas palabras sobre cada uno de ellos.

A) El mundo

1. **Qué es.**—Cuando aludimos al *mundo* como enemigo de nuestras almas, no nos referimos al hermoso planeta que habitamos ni a todo el conjunto del universo, salido de las manos de Dios, sino a ese ambiente malsano y pecaminoso que se respira entre las gentes que viven completamente olvidadas de Dios y no piensan sino en divertirse y entregarse a toda clase de placeres lícitos o ilícitos. El ambiente de frivolidad y de pecado que forman esas personas es lo que constituye el mundo en cuanto enemigo de nuestra alma.

2. **Se nefasta influencia.**—Es increíble la fuerza

de seducción que ofrece el mundo a los desgraciados incautos que se dejan arrastrar por él. Con sus *falsas máximas*, diametralmente opuestas a las del Evangelio —«Hay que gozar...»; «felices los ricos, los poderosos, los que nadan en la abundancia...»; «la juventud tiene sus derechos...»; «lo principal es el negocio, ganar mucho dinero», etc.—; con sus *burlas y persecuciones* contra la vida seriamente cristiana y piadosa; con sus *placeres y diversiones*, cada vez más abundantes, variados e inmorales; y, sobre todo, con sus *escándalos y malos ejemplos*, arrastra una multitud innumerable de almas por los caminos de su eterna ruina y perdición. Con razón nos advierte el apóstol San Juan que *el mundo está bajo el maligno* (1 Io. 5, 19); y el apóstol Santiago nos dice claramente que *quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios* (Iac. 4, 4). *Nadie puede servir a dos señores*, dice el mismo Cristo en el Evangelio (Mt. 12, 30). Si rompemos con el mundo, Cristo nos advierte que el mundo nos perseguirá, porque no somos suyos (Io. 15, 19); pero tengamos en cuenta que su paradero infalible es la perdición, ya que Cristo dijo expresamente que no rogaba por el mundo (Io. 17, 9). Los desgraciados mundanos, después de haberse entregado con desenfreno durante unos cuantos años a una serie de placeres viles y degradantes que no logran llenar jamás las aspiraciones inmensas del corazón humano, experimentarán demasiado tarde que se han equivocado para siempre —*ergo erravimus...!* (Sap. 5, 6)— y que tenía razón San Pablo cuando dijo que *la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios* (1 Cor. 3, 19).

3. **Modo de combatirlo.**—Los principales me-

dios para contrarrestar la influencia nefasta del mundo son los siguientes:

a) AVIVAR EL ESPÍRITU DE FE, que nos da la victoria contra el mundo (Io. 5,4). Considerar la increíble insensatez que supone preferir a los goces semipiternos del cielo el placer momentáneo que el mundo ofrece.

b) LA HUIDA DE LAS OCASIONES PELIGROSAS.—El mundo las ofrece en abundancia, y ya hemos dicho al hablar del pecado que, sin esta huida, será imposible conservar por mucho tiempo el estado de gracia.

c) PISOTEAR EL RESPETO HUMANO.—La atención al *qué dirán* las personas mundanas —viles gusanillos que viven en pecado mortal— es una de las actitudes más indignas de un cristiano. De nada nos debemos gloriarnos tanto como de ser hijos de Dios y herederos del cielo por la gracia divina. Adoptemos ante el mundo una actitud valiente y retadora, para que sea él quien nos tema y no nosotros a él. En todo caso, recordemos que Cristo nos advierte claramente que *a todo aquel que me negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos* (Mt. 10,33).

B) El demonio

El segundo enemigo mortal de nuestras almas es el demonio, o más exactamente, *los demonios*, en plural. Vamos a decir dos palabras sobre ellos.

1. **Existencia.**—Los incrédulos y racionalistas se ríen del demonio, en quien no creen. Pero su exis-

tencia es una verdad *de fe* que consta expresamente en multitud de pasajes de la Sagrada Escritura y en las definiciones infalibles de la Iglesia. Las carcajadas y burlas de los incrédulos en nada comprometen la realidad objetiva de las cosas. Las cosas son tal como Dios ha querido que sean; no tal como se les antojen a esos infelices desgraciados. Ni siquiera nos parece necesario detenernos en recoger los testimonios de la Escritura y de la Iglesia. Tan abundantes son, que basta abrir al azar la Sagrada Biblia o el enquiridion de las declaraciones dogmáticas de la Iglesia (Denzinger) para encontrar en el acto la confirmación de lo dicho.

2. **Naturaleza.**—Sabemos por los testimonios de la Sagrada Escritura y las declaraciones del magisterio de la Iglesia que los ángeles fueron creados por Dios en estado de gracia (Denz. 237-574 a); que, sometidos a una prueba cuya naturaleza desconocemos permanecieron fieles la mayoría de ellos (1,63,9), pero otros muchísimos se rebelaron contra Dios (2 Petr. 2,4); que, probablemente, el jefe de los ángeles rebeldes, Lucifer, era el ángel más elevado de todos (1,63,7); y que, en castigo de su pecado, les convirtió Dios en demonios, enviándoles al fuego eterno (Mt. 25,41), sin esperanza alguna de redención (Denz. 211).

3. **Su poder.**—Es sencillamente formidable. No olvidemos que los demonios son *ángeles*, aunque malos. Conservan íntegra su naturaleza angélica con todo su inmenso poder. Si Dios les dejara en plena libertad para hacer todo el mal que quisieran, harían imposible la vida del hombre sobre la tierra. Pero, por fortuna para nosotros, este inmenso po-

der tiene dos límites infranqueables: uno, de orden puramente natural, y el otro, del orden de la gracia sobrenatural. Helos aquí:

a) EN EL ORDEN NATURAL, el demonio no puede actuar directamente sobre nuestro entendimiento ni mover eficazmente nuestra voluntad. La razón es porque el conocimiento intelectual del hombre se verifica en el presente estado por conversión a los fantasmas de la imaginación y no por especies inteligibles puras; luego sólo a través de las especies *sensibles*, que no rebasan la esfera de la imaginación, pueden los demonios actuar sobre nuestro entendimiento. Y en cuanto a la voluntad, sólo Dios, Bien infinito y plenamente saciativo, puede arrastrarla invenciblemente; pero ninguna criatura humana o angélica tiene fuerza para tanto. Lo único que el demonio puede hacer es conmover nuestros sentidos externos o inmutar nuestra imaginación con fantasmas o representaciones que puedan influir *indirectamente* sobre nuestro entendimiento y nuestra voluntad, incitándoles al pecado. Pero como, en fin de cuentas, el pecado no está en los sentidos externos o internos, sino en la advertencia del entendimiento y en el consentimiento de la voluntad, síguese que, si nosotros no queremos, el demonio no podrá jamás arrastrarnos necesariamente al pecado.

b) EN EL ORDEN DE LA GRACIA, sabemos positivamente, puesto que lo ha revelado Dios, que jamás permitirá al demonio que nos tienta por encima de nuestras fuerzas: *Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla* (1 Cor. 10,13).

4. **Por qué nos persigue.**—Pero cabe preguntar: ¿Qué le va o qué le viene al demonio de que nosotros pequemos o dejemos de pecar? ¿Por qué nos persigue con sus malignas influencias, que nos incitan al pecado? ¿Cuál es la causa de su terrible enemistad para con nosotros?

Santo Tomás señala dos razones principales: a) por *envidia* contra el hombre, criatura naturalmente inferior a la angélica, cuya permanencia o progreso en el estado gracia —que le coloca mil veces por encima de la naturaleza angélica en cuanto tal— trata de impedir a toda costa; y b) por *soberbia* refinadísima, con la que quiere parecerse a Dios en el mundo y gobierno de las criaturas, haciéndolas siervas y esclavas suyas por el pecado, y en oposición a los ángeles buenos, que nos impulsan al bien y al servicio de Dios. Todo ello, en definitiva, procede del *odio* contra Dios, que le castigó convirtiéndole en demonio; no sufre que criatura alguna le ame y reverencie.

5. **La tentación diabólica.**—Los principales modos con que el demonio ejerce su influencia en nosotros son tres: la *tentación*, la *obsesión* y la *posesión*. Omitiendo la exposición de las dos últimas, que son relativamente raras o poco frecuentes, vamos a decir dos palabras sobre la tentación, que es el modo ordinario y normal con que el demonio nos persigue a todos.

a) **Noción.**—La tentación, en el sentido teológico de la palabra, no es otra cosa que *una incitación al pecado*. Reviste mil formas y maneras, pero todas coinciden en el fondo en cuanto que impulsan o solicitan al mal.

b) **Autor.**—Por la razón que acabamos de dar, ya puede comprenderse que Dios no tienta jamás a nadie incitándole al mal (Iac. 1,23). Sin embargo, no todas las tentaciones que el hombre padece provienen del demonio, ni siquiera la mayoría; el mundo y la carne tienen también una parte grandísima en ellas. Como dice el apóstol Santiago, *cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen* (Iac. 1,14). Pero es indudable que muchas tentaciones provienen directamente del demonio (Eph. 6,11-12), cuyo oficio propio —como dice el Doctor Angélico— es *tentar*. La acción diabólica inmediata podrá conjeturarse con gran probabilidad cuando no haya ninguna otra causa próxima (v.gr., espectáculo inmoral, rebeldía de la propia carne, etc.) a que poderla atribuir.

c) **La tentación no es pecado.**—La razón es muy sencilla: se trata de una mera *incitación* al pecado, que el hombre, si quiere, puede rechazar. Mientras no intervenga el entendimiento advirtiéndolo con claridad la tentación y la voluntad aceptándola plenamente, el pecado no se produce. En cierto modo son incluso *convenientes*, puesto que nos dan ocasión de mostrar nuestra fidelidad al Señor, ejercitan nuestra humildad, nuestra confianza en Dios, y nos ponen en trance de obtener, con ayuda de la gracia, una victoria espléndida sobre Satanás, altamente meritoria para nosotros.

Sin embargo, es un hecho que la tentación es de suyo *peligrosa*. Por eso sería gran temeridad y locura pedirle a Dios tentaciones. En fin de cuentas, es mejor no ser tentado que serlo, por el gran peligro a que nos exponemos con ellas. Hemos de suplicar

humildemente a Dios que no permita que el demonio nos tiente, o, al menos, que «no nos deje caer en la tentación», como Cristo nos enseña en el Padre-nuestro.

d) **Actitud del alma ante las tentaciones.**—Podemos distinguir tres momentos: *antes, durante y después* de la tentación.

1) ANTES DE LA TENTACIÓN, el alma debe *vigilar y orar* (Mt. 26,41) *para no dejarse sorprender en el momento menos pensado. Debe declarar la guerra a la ociosidad, que es la madre de todos los vicios. Y debe depositar su confianza en Dios, en la Virgen María y en su ángel de la guarda, que puede mucho más que el demonio tentador.*

2) DURANTE LA TENTACIÓN ha de resistirla con energía, ya sea *indirectamente* (distrayéndose, pensando en otra cosa, etc.), que será el mejor procedimiento para vencer las tentaciones contra la fe o la pureza; ya *directamente*, abofeteando la tentación y haciendo diametralmente lo contrario a que nos incita (v. gr., poniéndose a alabar a la persona a quien nos empujaba a criticar; aumentando el tiempo de oración en vez de acortarlo o suprimirlo del todo, etc.).

3) DESPUÉS DE LA TENTACIÓN, hay que *darle gracias a Dios* si hemos vencido a (a El le debemos la victoria), o *arrepentirnos* en seguida con un ferviente acto de contrición si hemos tenido la desgracia de caer (confesándonos cuanto antes si la caída fue grave y tomando precauciones para no reincidir en el pecado). Si quedamos en duda sobre si consentimos o no en la tentación, hagamos un acto ferviente de contrición (por si acaso) y manifestemos humildemente nuestra duda al

confesor, sometiéndola al tribunal de la penitencia en la forma que esté en la presencia de Dios.

C) La carne

Es el mayor de los enemigos secundarios de nuestra alma, ya que forma parte de nuestra propia persona y es imposible, por lo mismo, apartarnos de ella como podemos apartarnos del mundo o del demonio, que nos atacan desde fuera. La carne —entendiendo por tal las tendencias desordenadas de nuestro organismo corporal— es la responsable inmediata de la inmensa mayoría de los pecados que cometen los hombres.

Dos son los principales aspectos con que la carne declara guerra sin cuartel a los intereses de nuestra alma: por su *horror al sufrimiento* y por su insaciable *apetito de gozar*. El primero constituye el principal obstáculo para la perfección cristiana, que supone la perfecta abnegación de sí mismo y la muerte total a nuestro *yo* egoísta y sensual. El segundo es el más formidable obstáculo que nos sale al paso en orden a nuestra misma salvación eterna.

Dejando a un lado el primer aspecto —que hemos desarrollado ampliamente en otro lugar—, vamos a insistir un poco en el segundo, que cae directamente y de lleno en el objeto mismo de nuestra obra.

1. **La concupiscencia.**—Las tendencias apetitivas de nuestra carne reciben el nombre genérico de *concupiscencia*. Se la define, siguiendo a Aristóteles, diciendo que es «el apetito del placer». La carne busca instintivamente el placer y el goce, en cualquier forma

que se le presenten, sin tener para nada en cuenta la licitud o ilicitud de aquellos goces, aspecto moral que la carne desconoce en absoluto.

2. **Sus formas.**—Las principales tendencias de nuestra carne, que pueden facilísimamente desordenarse, son tres: la *libido*, o apetito de lo sexual; el *apetito*, o deseo de comer y beber, y la *sensibilidad*, o apetito general de los bienes sensibles, internos o externos, presentes o futuros. El ejercicio desordenado de la primera tendencia constituye la *lujuria*; de la segunda, la *gula* y la *embriaguez*; de la tercera, la *molice* y *sensualidad*.

3. **Su fuerza.**—Es increíble el poder y la fuerza de sugestión de estas tendencias malsanas. Son rarísimas las almas que se ven enteramente libres de sus asaltos, y aun podríamos decir que no hay una sola que se haya visto libre a todo lo largo de su vida, a excepción de la Santísima Virgen María, que estuvo exenta, por privilegio singularísimo, de todo movimiento desordenado (Denz. 833).

Su fuerza es inmensa. No hay halago del mundo ni asalto diabólico que pueda compararse con la bestial acometida de la concupiscencia desordenada. Santos hubo que para extinguir sus ardores se revolcaban entre espinas o se metían en un estanque de agua helada hasta quedar petrificados de frío. La inmensa mayoría de los hombres renuncian a este heroísmo y se entregan sin resistencia al ímpetu de sus pasiones, poniendo en grave riesgo la salvación eterna de sus almas.

4. **Los remedios.**—Ante todo es menester convencerse de que el remedio es *posible* y es *necesario*. Es *posible*, puesto que la ley de Dios exige el control y

freno de esas tendencias desordenadas; y sería herético y blasfemo decir que Dios se complace en mandarnos imposibles. Y es *necesario*, puesto que nos va en ello la salvación del alma. Cueste lo que cueste, a precio de cualquier sacrificio, por grande y duro que sea, hay que asegurar el porvenir eterno.

He aquí los principales remedios:

1) LUCHA CONTRA LA IMAGINACIÓN, apartando en el acto la representación malsana, que pondría a dura prueba nuestra fidelidad al deber. La libre aceptación, plenamente voluntaria y complacida, de una representación obscena en la imaginación, constituye, ya de por sí, un verdadero pecado. La repulsa de esa imaginación ha de ser instantánea, o sea, en el momento mismo de advertirla.

Nótese, sin embargo, que a veces puede ocurrir que la persona que padece esa imaginación la retenga unos momentos, sin advertir que aquello está prohibido por la ley de Dios. En este caso, si, al advertir este último aspecto, la rechaza en el acto, no ha cometido pecado alguno aunque ya llevara un ratito pensando *distraídamente* aquellas cosas. El pecado *comienza* cuando, después que el entendimiento ha advertido con toda claridad la inmoralidad de la representación, la voluntad empieza a vacilar; y se *consume* o comete de hecho cuando la voluntad la *acepta plenamente* a pesar de ello.

2) LUCHA CONTRA LOS SENTIDOS EXTERNOS.— Son como las ventanas por donde el alma se asoma al

exterior. Entre todos es particularmente peligroso el sentido de la *vista*, que es preciso preservar de cuanto pudiera servirle de pábulo sensual (espectáculos peligrosos, fotografías obscenas, etc.), sin lo cual será poco menos que imposible controlar la rebelión de la carne. También el *oído* puede ser afectado con conversaciones o cantares obscenos, y el *olfato* con perfumes que inciten a la sensualidad. Hay que mortificar el *gusto*, que nos llevaría directamente a la gula e indirectamente a los excesos de la lujuria. Finalmente, es preciso tener exquisita delicadeza en lo referente al *tacto*, el más extenso y sensual de todos lo sentidos externos.

3) LUCHA CONTRA LAS DESVIACIONES AFECTIVAS DEL CORAZÓN.—El sentimiento del amor es el más noble y elevado de cuantos experimenta el corazón del hombre cuando se mantiene dentro de la línea señalada por la recta razón y por la fe; pero es una de las fuerzas más terriblemente destructoras cuando se desvía por los caminos de la sensualidad. Los crímenes más grandes que registra la historia de la humanidad han sido cometidos en nombre del amor egoísta y sensual. Lo mismo puede decirse en el orden individual y familiar. Y como esta tendencia afectiva puede desviarse con grandísima facilidad —sobre todo si no se cohiben y ahogan sus primeras manifestaciones desordenadas—, es preciso estar muy sobre aviso para no dejarse sorprender. ¡Cuánta gente egoísta y sensual tiene el cínico atrevimiento de clavar en nombre del amor una puñalada en el alma de la persona a quien dicen que aman! Cualquier pecado de complicidad, cometido en nombre del amor, es en realidad un acto de refinadí-

simo y repugnante egoísmo. El verdadero amor sabe sacrificarse —en esto precisamente se reconoce—, y dará la propia vida, si es preciso, antes de ocasionarle el menor daño físico o moral a la persona amada.

4) HUIDA DE LAS OCASIONES.—Todo resultará inútil sin esto. Ya hemos dicho que no hay propósito tan firme ni voluntad tan recia que no se doblegue fácilmente ante la fuerza seductora de una mala ocasión. El que se acerca al fuego llevando los vestidos empapados de gasolina, se abrasará sin remedio. El mismo Espíritu Santo nos advierte en la Sagrada Escritura que *el que ama el peligro caerá en él* (Eccli. 3,27). Nótese, además, que el exponerse sin causa proporcionada a una ocasión *próxima* de pecado grave es ya pecado de imprudencia, aunque una vez en ella no se caiga de hecho en aquel pecado.

5) GIMNASIA DE LA VOLUNTAD.—Es preciso fortalecer la voluntad a base de pequeñas mortificaciones impuestas voluntariamente. Hay que acostumbrarse a decir *¡no!* en mil pequeños detalles cotidianos para que sepa decirlo también cuando se presente la ocasión peligrosa que nos impulse al pecado. Esperar cinco minutos antes de leer una carta que acabamos de recibir y esperábamos con ansia; aguardar otros cinco antes de beber un vaso de agua cuando tenemos mucha sed, etc. Estos pequeños ejercicios de mortificación fortalecen extraordinariamente la voluntad y la acostumbran a imponerse autoritariamente contra los apetitos desordenados.

6) FRECUENCIA DE SACRAMENTOS.—Es el remedio principal. La experiencia diaria en el trato de las almas muestra claramente la importancia ex-